


TRIBUNA

Grupo Tomás Moro

La Córdoba romana está saliendo de su sepulcro y son los Murillo Redondo, los Márquez, los Ventura, los Vaquerizos, los Hidalgo, los Melchor los que están haciendo posible esta recuperación histórica

Colonia Patricia Corduba

DÍAS pasados, unos cuantos componentes del Grupo Tomás Moro asistieron, por invitación de sus organizadores, a la presentación de la obra *Colonia Patricia Corduba*, publicada por la Fundación El Monte, impresa –como garantía de calidad científica– en el punto de donde partían las vías del Imperio, en Roma. El acto tuvo lugar en la Facultad de Derecho de la UCO y fue presidido por el vicerrector, Manuel Torres. Más o menos era lo que anunciaba la tarjeta de invitación. El rector, Eugenio Domínguez, se encontraba en otros menesteres posiblemente más importantes. El sino de las Letras en una sociedad dominada por las ciencias experimentales es así.

La arqueología en Córdoba, como demostró recientemente con gran sentido de la divulgación científica la *Guía Arqueológica de Córdoba*, mantiene, según expresión del profesor Pedro Rodríguez Oliva en el acto, “un ritmo frenético”. Frenético en las exploraciones arqueológicas y raudo en la publicación de sus resultados. Allí estaban, presidiendo o entre los asistentes, los principales protagonistas de esta eclosión de la arqueología romana que ha puesto un poco patas arriba todas las publicaciones de más de treinta años. Unos hechos que, a la vista del deseado 2016, están obligando a poner el acento en la romanidad de nuestra ciudad cuando el mundo advierta que existimos y que nuestra existencia no comenzó con los árabes y sus acompañantes del Magreb. Que Séneca y Lucano, conocidos por sus nombres y obras en todos los grandes centros culturales del mundo civilizado, tuvieron a Córdoba como patria. Esa patria, lejana y sola, que creó hombres tan admirados se puede contemplar hoy en su topografía y evolución urbana, en su arquitectura oficial, en sus edificios de espectáculos, hoy felizmente arrebatados –sólo en parte– a la inhumación y a la erosión natural y humana, y en la escultura que a ella luego desde Roma o que aquí se labró, gracias a las síntesis de los hallazgos arqueológicos que ofrece esta publicación. Córdoba puede mirarse, gracias al esfuerzo, sudores y también lágrimas –recuérdese la rabia contenida de los arqueólogos, entonces muy jóvenes,



La arqueología en Córdoba mantiene, según expresión del profesor Pedro Rodríguez Oliva, “un ritmo frenético”

cuando la destrucción oficial del *Palatium* de Cercadilla—en el espejo de la romanidad que le dio el ser, le proporcionó la cultura universal del mundo mediterráneo y la sumó al tronco de los pueblos civilizados.

A propósito y de nuevo, ¿cuándo los turistas, como los visitantes de la Constantina de Argelia al bajarse del tren, podrán identificar el pasado de la ciudad, el sello de identidad de la antigua Colonia Patricia, al contemplar un monumento, una estatua de tipo cesáreo, dedicada a Claudio Marcelo, fundador de dos grandes ciudades de Occidente: Milán y Córdoba? ¿Basta el horrendo monolito colocado a los pies del alcázar?

Aquellos jóvenes arqueólogos, que protestaron con amargura por la desaparición del *Palatium* a ritmo del llanto de los poetas

sobre las ruinas de Itálica, hoy experimentados maestros, son en gran parte los autores de las excelentes monografías que recoge el volumen, acompañadas de planos, fotografías y ortoimágenes espaciales. Aparte de historiadores y arqueólogos en activo en la ciudad –algunos se han trasladado a Sevilla y eso se pierden–, Córdoba está en deuda con José María Luzón y su olvidada obra *Las raíces de Córdoba*, en la que, por cierto, en 1973, hablaba ya del proyectado teatro de La Axerquía –horrible topónimo en tal lugar tan fuera de sitio como el de La Arruzafilla (ubicado históricamente junto a la actual Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos). ¿Cuando nuestros municipios dedicarán un rato a recibir lecciones acerca de la toponimia histórica local para no cometer tales entuertos? ¿O cuando aprenderán un poco de árabe para distinguir Axerquía (oriental) de Algarbe (occidente)?

José María Luzón, en aquel remoto 1973, hoy en la Complutense, desenterró junto con Diego Ruiz Mata el iberismo de la Colina de los Quemados, sentando las bases del poblamiento cordobés indígena anterior a la fundación de Claudio Marcelo. Todo comenzaba a ser congruente con las fuentes escritas y el horizonte de la Córdoba romana comenzaba a despejarse. Casi coetánea con la anterior excavación fue la intervención de Antonio García Bellido en el solar del templo romano. Vino después un tiempo de destrozos, de devastaciones nocturnas de los yacimientos, hasta que la que hoy se puede llamar Escuela de Arqueología Cordobesa –Universidad y Ayuntamiento– comenzó el seguimiento de unas normas y de una programación, de un respeto hacia las páginas de la historia que se podían destruir. Esto ha permitido en muy pocos años estas publicaciones tan claras y tan posibles de entender. Córdoba romana está saliendo de su sepulcro y son los Murillo Redondo, los Márquez, los Ventura, los Vaquerizo, los Hidalgo, los Melchor los que están haciendo posible junto a otros muchos discípulos la recuperación de un pasado necesario para nuestra cultura.